

2. Luego comenzó á subir esta soberana Arca en brazos de Querubines y Serafines, rompiendo por esos aires con júbilos de inefable gozo y alegría, y penetró todos los cielos hasta llegar al cielo empíreo. Recibióla con sumo regocijo su amado Hijo, poniéndola como Salomon en el *Sancta Sanctorum* (1), y en el lugar mas alto y levantado de aquel templo celestial. Coronóla, como al arca, con una corona de oro purísimo (2), rodeando todo su cuerpo de una claridad y hermosura inefable, que excedía á la misma claridad del cielo empíreo donde estaba, ¡Oh qué claro estaría ese cielo, renovado con la luz de tal sol y de tal luna, como Cristo y su Madre! oh qué alegres estarían los Angeles con la gloria de tal Reina, por cuya intercesion esperaban que se repararían las sillas de este reino! oh qué regocijados los demás bienaventurados con la gloria de tal Madre, por cuyo medio confiaban ver poblado el cielo de innumerables hombres! oh qué contenta estaría esta humilde Madre, viéndose levantada desde lo mas bajo de la tierra hasta lo mas alto del supremo cielo!

3. Gózome, ó Madre santísima, de las dos estolas de gloria que os han dado, una para vuestra alma, como á los demás bienaventurados, y otra por especial privilegio, desde luego para vuestro cuerpo. ¡Oh cuán bien ha cumplido vuestro Hijo sus promesas (3)! pues hoy os da corona de gloria en lugar de la ceniza, óleo de alegría por el llanto, manto de alabanza por el espíritu de tristeza, y quiere que desde luego poseáis en vuestra tierra los premios doblados con alegría sempiterna. Levantad, ó Madre santísima, mi espíritu al cielo, donde Vos estais sentada á la diestra de vuestro Hijo, pues donde está la madre, es razon que estén los hijos, y donde está el cuerpo, se han de congregarse las águilas (4). ¡Oh quien me diese alas de águila para volar á lo alto, y contemplar la gloria del cuerpo glorificado de la Virgen! Levántate, ó alma mia, con grande gozo, subiéndome sobre tí misma y sobre todo lo criado. Olvidate de las cosas de la tierra, y suspira por las del cielo, donde está tu Padre celestial y tu gloriosa Madre; imita la humildad que tuvo en esta vida, para que seas con ella ensalzada en la otra. Amen.

(1) III Reg. viii, 6. — (2) Exod. xxv, 11.

(3) Isai. lxi, 3-7. — (4) Matth. xxiv, 28.

MEDITACION XXXVII.

DE LA HERÓICA HUMILDAD DE LA VIRGEN NUESTRA SEÑORA, POR LA CUAL FUE LEVANTADA SOBRE TODOS LOS COROS DE LOS ANGELES.

— Aunque la Virgen nuestra Señora se esmeró mucho en todas las virtudes, pero con particular excelencia se señaló en la humildad, á la cual podemos atribuir su exaltacion, siguiendo la regla que san Pablo pone de Cristo nuestro Señor, diciendo: *¿Qué es la causa porque subió tanto, sino porque bajó primero á las inferiores partes de la tierra? El que descendió es el mismo que subió sobre todos los cielos para llenar todas las cosas* (1). Esto mismo podemos decir de su Madre benditísima, la cual subió sobre todas las criaturas, porque se humilló mas que todas ellas; y la corona gloriosísima de doce estrellas que tiene en el cielo, se le dió por doce actos heróicos de humildad que ejercitó en la tierra, los cuales pondré en esta meditacion, recogiendo de todo lo que se ha dicho en las meditaciones de su vida, especialmente en la parte II; y porque hay humildad para con Dios, y humildad para con los demás hombres, y en ambas la Virgen fué muy excelente, de todas dirémos en los tres puntos siguientes:—

PUNTO PRIMERO.—1. Lo primero, se ha de considerar la heróica humildad que tuvo la Virgen cerca de los dones que recibió de nuestro Señor, en los cuales se muestra esta virtud, ejercitando estos actos.—El primer acto es, encubrir estos dones con sumo silencio, sin descubrirlos por palabras, ni meneos ó señales exteriores, por ningun respeto humano, ni por algun título aparente de glorificar á Dios ó aprovechar al prójimo, si no es en los casos de necesidad en que nuestro Señor quiere y ordena que se descubran, porque fuera de estos casos, quien manifiesta los dones que recibe en secreto, se pone á peligro, como dice san Gregorio, de que se los roben los ladrones de la vanagloria, soberbia y presuncion (2). Y por esto la humildad con gran fuerza dice aquello de Isaias: *Secretum meum mihi, secretum meum mihi; mi secreto para mí, mi secreto para mí* (3); y repítelo dos veces para significar las veras con que toma guardar este secreto, y gozar de él á sus solas.—Este acto ejercitó la Virgen ocultando la revelacion del Ángel y el misterio de su preñez, sin descubrirle ni á su mismo esposo san José (4), á quien amaba tier-

(1) Ephes. iv, 9.—(2) Hom. 11 in Evang.—(3) Isai. xxiv, 16.—(4) Matth. i, 19.

namente: por lo cual con mucha razon la llama su Amado, *huerto cerrado y fuente sellada* (1), porque encerraba con silencio las gracias que recibia de Dios, sin hacer plaza de ellas hasta que Dios las manifestaba.

2. De este acto se sigue el segundo, que es aborrecer sus alabanzas y oirlas de mala gana, con encogimiento y afliccion, porque, como dice san Gregorio, el humilde, cuando es alabado de otros, ó no reconoce en sí el bien que oye, ó si le conoce teme perderle con el vano complacimento de su loa, ó porque quizá le premia Dios con este premio temporal, para excluirle del eterno (2).—Este acto, con modo mas levantado, ejercitó la Virgen cuando el Ángel la saludó con palabras de tan grande loa, llamándola *llena de gracia y bendita entre las mujeres* (3), porque como humilde se turbó y encogió, pareciéndola que tanta grandeza no cabia en su pequeñez, por la baja estima que de sí tenia.

3. De aquí tambien nace el tercer acto de humildad, que es cuando Dios quiere que sus dones se descubran, ó él los descubre por alguna via, darle luego la gloria de todo, y alabarle y bendecirle, diciendo aquello de David: *No á nosotros, Señor, no á nosotros, sino á tu santo nombre sea la gloria* (4), y con el mismo afecto desear que todos los demás tambien den la gloria á Dios por lo mismo, diciendo aquello de David: *Engrandeced conmigo al Señor, y alabemos todos juntos su santo nombre* (5). Esto hizo la Virgen cuando vió que nuestro Señor habia revelado á santa Isabel el misterio secreto de que era Madre de Dios, y cuando oyó las grandezas que de ella decia, porque al mismo punto dió la gloria de todo á solo Dios, diciendo: *Mi ánima engrandece al Señor, y mi espíritu se alegró en Dios mi Salvador: porque se dignó de mirar la pequeñez de su sierva, por eso me llamarán bienaventurada todas las generaciones* (6): con lo cual provocaba á santa Isabel, que atribuyese aquella obra á solo Dios, y confesase con ella su propia pequeñez. Ó Virgen gloriosísima, que como otro Job, nunca mirásteis al sol cuando resplandeció, ni la luna cuando estaba clara (7), porque nunca os pagásteis de la gloria y fama entre los hombres, dando á solo Dios la gloria de sus dones; con mucha razon estais en el cielo vestida del verdadero sol de justicia (8), y teneis debajo de vuestros piés la luna de este mundo, coronada con estrellas, resplandeciendo en las perpetuas eternida-

(1) Cant. iv, 12. — (2) Lib. XXII Moral. c. 3. — (3) Luc. i, 28.

(4) Psalm. cxlii, 9. — (5) Psalm. xxxiii, 4. — (6) Luc. i, 46.

(7) Job, xxxi, 26. — (8) Apoc. xii, 1.

des (1). Alcanzadme, ó Madre benditísima, tal grado de humildad, para que sea digno de tal modo de corona. Amen.

PUNTO SEGUNDO.—1. Lo segundo, se ha de considerar la heroica humildad que mostró la Virgen en la sujecion á Dios nuestro Señor, y á los hombres por su amor, ponderando los actos en que esta humildad suele mostrarse.—El cuarto acto en orden es escoger, como dice David, el lugar mas despreciado en la casa de Dios (2), y cuanto es de su parte ponerse en el lugar postrero, aunque Dios le dé el primero. Así lo hizo la Virgen cuando vió que Dios la queria poner en el lugar mas alto de su casa despues de su Hijo, haciéndola Madre suya, porque como humilde tomó para sí el postrero, cual suele ser el de las esclavas, llamándose *esclava del Señor* (3). Y por esta causa correspondiendo á su deseo, la contó san Lucas en el postrer lugar despues de los Apóstoles (4), y de las otras mujeres, entre las cuales estaba la que habia sido pública pecadora (5). Y por esta causa tambien, como humilde, cuando entró en Belen gustó de tomar para su morada el mas vil lugar del meson, que era el establo.

2. El quinto acto de humildad es, sujetarse y obedecer á todas las leyes y ordenaciones de Dios y de sus ministros, aunque sean en cosas contrarias á su honra y reputacion, sin querer admitir privilegios ni exenciones, aunque tenga causa bastante para ellas: y aunque no esté obligado á ellas por precepto, gusta de obedecer como todos, por humillarse mas que todos, aun cuando pudiera excusar la humillacion, á imitacion de Cristo nuestro Señor, que se humilló á la ley de la circuncision y se hizo obediente hasta la muerte de cruz. Esto cumplió la Virgen puntualmente, guardando la ley de la purificacion, aunque no la obligaba y aunque era con algun detrimento de su honor, por ser ley dada para las mujeres no limpias, que habian concebido por obra de varon, queriendo conformarse en esto con las demás mujeres que parian hijos, como si fuera una de ellas.

3. El sexto acto de humildad es, sujetarse y humillarse, no solamente á los mayores y á los iguales (6), sino tambien á los menores, dando á todos el primer lugar, y previniéndoles con los comedimientos y cortesías de honra, ganándoles en todo esto por la mano, conforme al consejo de san Pablo que dice: *Por la humildad teneos por superiores unos de otros, y prevenios uno á otro en todo lo que fuere honra* (7). Así lo hizo la Virgen, cuando fué á visitar á santa

(1) Dan. xii, 3. — (2) Psalm. lxxxiii, 11. — (3) Luc. i, 38. — (4) Act. i, 14.

(5) D. Bern. Serm. in ill.: Signum magnum apparuit. — (6) Philip. ii, 3.

(7) Rom. xii, 10.

Isabel, y la saludó primero (1), humillándose, como dice san Ambrosio (2), la mayor en su dignidad á la que era mucho menor, y ocupándose en servirla. Y lo mismo guardaba con todos, como maestra de humildad sujetándose por Dios á toda humana criatura (3).

4. El séptimo acto es, servir á otros en oficios bajos y humildes, y ocuparse en ellos con gusto, como quien nació, no para ser servido sino para servir, al modo que dijo Cristo nuestro Señor: *No vine para que otros me sirvan, sino para servir yo á todos, y dar mi vida por su redencion* (4); lo cual cumplió exactamente, ocupándose en oficio de carpintero, y ganando de comer con este trabajo que hacia en servicio de otros, y sirviendo despues á sus discipulos, hasta lavarles los piés, dándonos ejemplo para que cumplamos lo que despues dijo san Pablo: *Por la caridad del espíritu servid unos á otros* (5). Esto mismo ejercitó la Virgen, porque como pobre mujer de un pobre oficial, se ocupaba en todos los oficios humildes de su casa, y ayudaba á ganar su comida con el trabajo de sus manos, teniéndose tambien en esto por esclava, cuyo oficio es servir á los demás de su casa. Y así con más humildad que Abigail, diria: *Ves aquí á tu sierva, recibeme como esclava, para lavar los piés de las esclavas de mi Señor* (6).

5. Con este grado de humildad anda tambien junto otro su compañero, que es rehusar, cuanto es de su parte, oficios y cargos honorosos y ministerios que son muy estimados de los hombres, ó por juzgarse por inhábil ó indigno de ellos, ó por huir la honra que traen consigo, ó por acomodarse á su estado humilde, viviendo contento con él. Esto guardó la Virgen, la cual, como dice santo Tomás (7), no hizo en su vida milagro alguno ni quiso predicar en público; y si enseñaba á los Apóstoles y á otros fieles los misterios de la fe, era en secreto, dejando esta honra para los Apóstoles y discipulos, acomodándose á la regla que despues dijo san Pablo: *No se ha de permitir que la mujer enseñe* (8): antes es de creer, que en el templo y en las juntas y sermones estaba oyendo como las demás mujeres, y con grande humildad veneraba á los sacerdotes de Cristo, y recibia de ellos la Comunión, teniéndose por indigna de tener tal potestad, ni deseando que su Hijo por especial dispensación se la comunicase. O Virgen gloriosísima, muy bien empleado está en Vos el trono de gloria que teneis en el cielo, pues tanto os humillasteis en la tierra: justo es se os dé allá el primer lugar despues de vues-

(1) Luc. i, 40. — (2) In Lucam, et Beda, ibi. — (3) I Petr. ii, 13.

(4) Matth. xx, 28; Marc. x, 45. — (5) Galat. v, 13. — (6) I Reg. xxv, 41.

(7) 3 p. q. 27, art. 5 ad 7. — (8) I Tim. ii, 12.

tro Hijo, pues acá escogisteis el postrero: razon es que se os sujeten las jerarquías de los Angeles, pues Vos os sujetásteis como esclava á los mismos hombres. Y pues tan bien guardásteis los consejos de la humildad, ayudadme para que á imitacion vuestra yo los guarde, humillándome en la tierra para que Dios me ensalce en su cielo. Amen.

PUNTO TERCERO.—1. Lo tercero, se ha de considerar la heroica humildad que mostró la Virgen en las humillaciones de la pobreza, y en las injurias que vienen por mano ajena; las cuales son piedras de toque en que se descubre la fineza de la humildad para con Dios y para con los demás hombres; y comenzando por el mas fácil, el noveno acto en orden á la humildad es gustar de ser pobre, y ejercitar todo lo que pertenece á la pobreza, y á humillaciones que de ella proceden; porque puesto caso que la pobreza voluntaria no sea afrentosa entre cristianos, pero cuando no se sabe si el ejercicio de pobreza es de voluntad ó necesidad, causa desprecio entre los hombres; y así es rara humildad tratarse como pobre en todas las cosas, y dejarse tratar de otros como son tratados los pobres, haciendo esto no de fuerza, sino de grado. Esta humildad ejercitó la Virgen con grande gusto en todas las ocasiones que se le ofrecieron. En Belen fué desechada de todos cuantos les pidió posada; y así se recogió al refugio de los pobres en el invierno, que era el establo. En la purificación no quiso ofrecer cordero, sino un par de tórtolas ó palominos, como pobre. En Egipto, y despues de vuelta á Nazaret, siempre abrazó los desprecios de la pobreza; gustando que la tratasen como suelen ser tratadas las mujeres pobres como ella era.

2. El décimo acto heroico de humildad es, llevar con paciencia y silencio las afrentas que le suceden contra su honra y buen crédito, no excusándose, ni volviendo por sí, ni quejándose de la sinrazon que se le hace, sino callando, y aceptando su afrenta y humillacion con mucho gusto por amor de Dios; y en esto hay grados.—El primero es, sufrir con paciencia las injurias y desprecios que nacen de nuestras culpas.—El segundo, y mayor, es, sufrir estas injurias sin tener culpa en ellas, callando, aunque nos levanten falsos testimonios.—El tercero, muy mayor, es, sufrirlas cuando nos suceden por ocasion de alguna buena obra, por la cual merecíamos gloria y alabanza.—El cuarto, muy mayor, es, sufrir todo esto, no solo de enemigos ó extraños, sino de sus mismos hermanos, deudos ó amigos. Tal fué la humildad que tuvo Cristo nuestro Señor en las injurias y desprecios que padeció en esta vida, y la misma ejercitó

su Madre santísima cuando su esposo José la vió preñada, y sospechando que era adúltera, la quiso dejar; pero ella sufrió y calló sin volver por sí, como en su lugar ponderamos (*Parte II, med. XIV*). Y es de creer que no sería esta sola vez la que padeció la Virgen tal modo de injurias, cabiéndola muchas veces parte de los falsos testimonios que levantaban á su Hijo, y cuando los deudos de Cristo le perseguían y querían atar como á furioso (1), también se volverían contra su Madre, porque veían que era de parte de su Hijo; pero ella sufría y callaba, gozándose mejor que los Apóstoles de padecer injurias por el nombre de Jesús (2).

3. El undécimo acto de humildad, que anda junto con el precedente, es llevar con serenidad y paz de corazón las reprensiones y desvíos, las respuestas desabridas y secas; así las interiores que sentimos tratando con Dios cuando nos desconsuela, ó niega, ó dilata lo que le pedimos, como las exteriores que nos dan los superiores ó nuestros prójimos, aunque sean sin culpa nuestra, y de ellas se nos siga algún desprecio; porque en tales casos, sufrir y no excusarse, ni quejarse, ni indignarse, es acto de heroica humildad; la cual agrada mucho á nuestro Señor, y por ella, como dice san Bernardo (3), le agradó la esposa, y la llamó hermosa, porque calló siendo ásperamente reprendida y amenazada, cuando la dijo: Si no te conoces, salte y véte de mi casa. Esta humildad ejerció la Virgen muchas veces en varias ocasiones, cuando su Hijo, siendo de doce años, dijo con aspereza á ella y á san José: ¿Para qué me buscábades? ¿no sabíades que había de estar ocupado en las cosas de mi Padre? Y en las bodas otra vez con muestras de sequedad y de negarla lo que le pedía, la dijo: Mujer, ¿qué tienes que ver conmigo? no es llegada mi hora. Y diciéndole otra vez algunos que su Madre y hermanos estaban allí y deseaban verle, respondió con gran desvío: ¿Quién es mi madre y mis hermanos? El que hace la voluntad de mi Padre, ese es mi madre y hermano. En todas estas ocasiones, que tenían apariencia de reprensión y desprecio, conservó la Virgen grande humildad y silencio, como ponderamos en su lugar. (*P. II, med. XXX; p. III, med. IX*). Y á este talle tuvo otras muchas con otras muchas personas, sufriendolas todas con grande paz.

4. El duodécimo acto de humildad es, no huir las afrentas y desprecios de sus deudos, antes querer tener parte en ellas, hallándose presente á todas, como Job, á quien como él dijo (4), no ate-

(1) Marc. III, 21.—(2) Act. V, 41.—(3) Serm. 45 in Cant.—(4) Job, xxxi, 34.

morizó el desprecio de sus deudos; esto es, el verse despreciado de ellos, ó ver al ojo sus desprecios. Pero mas valerosamente ejerció esto la Virgen, hallándose presente á los desprecios y afrentas de su Hijo, poniéndose junto á la cruz, no desdeñándose de que todos supiesen que era Madre de aquel hombre justiciado y crucificado en medio de dos ladrones; y allí padeció muchas injurias, con hambre y deseo de padecerlas mucho mayores, como en su lugar se dijo. (*En la med. L de la p. IV*).—Estos son los doce actos de humildad que resplandecieron en la Virgen, cumpliendo con lo que dice el Espíritu Santo: *Cuando fueres mayor, tanto mas humillate en todas las cosas, y hallarás gracia delante de Dios* (1); y así la halló la Virgen en esta vida (2), y despues fué coronada con la corona de doce estrellas resplandecientes, premiándola sus doce géneros de humillaciones, y levantándola á un trono altísimo de gloria, á donde con su Hijo, mas dignamente que los Apóstoles, juzgue las doce tribus de Israel (3). Gózome, ó Virgen santísima, de veros coronada por vuestro Hijo con tantas coronas de justicia. Razon era, que quien vivió cercada de tales actos de humildad, fuese adornada con rayos de tanto resplandor; y que quien se sujetó por humillarse á todos los hombres, sea sentada en trono de majestad para juzgarlos á todos; y pues ahora estáis en trono de gloria, no para ser juez, sino abogada, suplicad á vuestro Hijo me corone con misericordias en esta vida, para que alcance la corona de justicia en la otra. Amen.

MEDITACION XXXVIII.

DE LA DEVOCION CON NUESTRA SEÑORA, Y DE LOS BIENES QUE CON ELLA NOS VIENEN, Y DE LAS COSAS EN QUE SE HA DE MOSTRAR.

PUNTO PRIMERO.—1. Lo primero, se han de considerar las muchas razones que tenemos para amar y servir á la Virgen nuestra Señora con todas nuestras fuerzas, poniéndola en segundo lugar despues de su Hijo, ponderando en cada razon lo que puedo y debo hacer por ella.—La primera razon es, porque la santísima Trinidad ama á esta Señora mas que á todos los Ángeles y Santos juntos, por la excelencia de santidad que tiene sobre todos ellos; y así es justo que yo la ame sobre todas las puras criaturas, conformando mi amor con el de Dios, y amando mas á la que por su mayor santidad merece ser mas amada. De donde sacaré varios afectos de gozo espiritual y de complacencia en los bienes de la Virgen, gozándome de

(1) Eccli. III, 20.—(2) Luc. I, 30.—(3) Matth. XIX, 28.